

La biografía de Virginia

La traductora, Marta Pessarrodona, es una experta en la época, en la obra y en la sensibilidad especial (en el universo) de Virginia Woolf. El biógrafo es Quentin Bell, excepcionalmente cercano al personaje, sobrino de Virginia, hijo de la pintora Vanessa Bell y autor de un ensayo sobre el grupo de Bloomsbury, verdadero caldo de cultivo antivictoriano, escuela de sutilezas, vanguardias y audacias humanas donde Virginia, junto con Roger Fry, Lytton Strachey, Harold Nicholson, Vita Sackville y otros amigos, efectuó su aprendizaje artístico amenazado siempre por la sombra de la locura, por el rostro infinitamente angustiado de la muerte.

Quentin Bell escribe, pues, un verdadero documento del cual ahora aparece en España el primer tomo (1): la vida de Virginia Stephen desde su nacimiento (1882) en el seno de una familia impecable dominada por la presencia del padre, sir Leslie Stephen, director del Dictionary of National Biography. Estamos en 1882, en el 22 de Hyde Park Gate, Kensington, y vemos ya los primeros años y fantasmas de Virginia, a los hermanos, Vanessa y Thoby, el apuesto muchacho lleno de talento que morirá tan joven, el fermento familiar que condicionará la sensibilidad de la futura autora de Orlando.

Quentin Bell recibió la invitación de Leonard Woolf para escribir esta biografía fundamental de Virginia. El autor tuvo, pues, acceso a todos los documentos y diarios inéditos de la escritora. El resultado de este primer volumen es un testimonio extraordinariamente sólido, que tiene como eje el estudio de la familia Stephen, verdadero análisis social y psicológico de la Inglaterra de entonces: Inglaterra me hizo así. Entre un padre especial, un verdadero caballero de las letras, vemos a Virginia adolescente dialogando nada menos que con Henry James, señor distante y ejemplar; la presencia de las enfermedades infantiles, la madre, los viajes, los

largos veranos junto al mar, la preparación del hermano varón para ingresar en Cambridge, el recinto sagrado donde las mujeres no pueden entrar, aunque una de estas muchachas en flor sea la hija de sir Leslie; el conocimiento de la primera soledad, la enorme biblioteca familiar que Virginia va devorando, sometida ya a la tensión creadora a lo largo de constantes ejercicios de lecturas y composición, vocación literaria precoz, obsesión por el latín y el griego, aquellos pájaros de su primera locura que cantan en griego, el sexo conflictivo, las amistades y, por fin, tras la muerte de un padre al final tiránico, la huida y el nacimiento escandaloso de Bloomsbury, los primeros trastornos psíquicos atenuados por los primeros síntomas del amor (Leonard) y por el



Virginia Woolf.

descubrimiento de la misión salvadora: escribir el mundo, dominar poco a poco el arte de una escritura que después resultará revolucionaria en el contexto de la novela inglesa.

En 1912, Virginia Woolf adopta la decisión más inteligente de su vida: la boda con Leonard. Desde este punto hasta el día de su muerte tratará el segundo volumen de Quentin Bell, cuya lectura será un placer para los seguidores y amantes de Virginia. ■ JULIO M. DE LA ROSA.

Madrid no era una fiesta

¿Qué hizo a tanta gente foránea acudir en defensa de la Re-

pública española ante el levantamiento fascista? Las motivaciones generales e individuales se imbrican, casi indistinguiblemente, en cada uno de los voluntarios que sintieron que su puesto estaba aquí, en el que sería el primero de la larga saga de combates entre la libertad y el totalitarismo. Lo evidente es que buena parte de estos extranjeros provenían de la intelectualidad, y para algunos de entre ellos la guerra civil española fue elemento decisivo en su obra y postura vital. La colección "Luchar por España" (1) pretende mostrar las biografías de esos intelectuales.

El caso de Ernest Hemingway es sintomático. Su figura humana y su novelística han sido, son y serán abordadas desde todos los puntos de vista, pero en cada ocasión resulta palpable que no se puede separar al hombre y al escritor: riquezas y debilidades de uno explican las del otro.

Eric Nepomuceno ha huido, en su "Hemingway: Madrid no era una fiesta", de los acercamientos apriorísticos al personaje. En general, ha optado por escribir "hemingwayanamente" esta biografía. Ha decidido contar los hechos, narrar lo que se ve, a fin de sugerirnos que acaso sea lícito mirar, después, debajo.

A lo largo de estas páginas recorreremos una vez más las andanzas, tan apasionadas, del Hemingway que va madurando y envejeciendo en guerras, ciudades, cacerías, pesca, sanfermines y, siempre, literatura. París y España, resalta Nepomuceno, serán hitos a los que Hemingway se verá forzado una y otra vez, llevado por la memoria y el deseo, a volver.

Muchas voces han pretendido explicar qué hacía Hemingway en nuestra guerra, por qué apareció un buen día por aquí, por qué se quedó, por qué hizo lo que hizo, por qué —en plena "pax" franquista— retornó a este país. Nepomuceno parte de la base de que, en efecto, Ernest era un luchador. Un luchador cuya obsesión era "contar la verdad". En consecuencia, el Hemingway que Nepomuceno nos propone es un antifascista espontáneo, un indi-

vidualista irreductible, un hombre invadido por los "valores aislados" (honestidad, honra, lealtad...), un apasionado de la fiesta de los toros para quien la realidad política era en gran medida secundaria, un americano que, sin embargo, supo ver que el fascismo era la muerte y que no se puede estar, si se quiere vivir y desentrañar el sentido de lo que sea estar vivo, al lado de la muerte. Vino a buscar la aventura de la guerra; pero también supo colaborar en "Tierra de España", apoyar económicamente la lucha del pueblo español. Discretamente regresó en 1953, estuvo en Pamplona, venía tal vez a no dar por perdida la memoria de su juventud. En 1960 hace su último viaje a nuestro país; es un viajero desconfiado, viejo; llega a definir las corridas como "un negocio corrompido y sin importancia".

Hemingway, fue dicho en alguna ocasión, es alguien que hace el papel de Hemingway. ¿Quién es en realidad el verdadero Ernest Hemingway? Probablemente, todos y ninguno. El dilemante, el fracasado, el gran escritor, el aprendiz de espectador de toros, el borracho, el periodista, el impotente, el enamorado. El que habló de sí cuando parecía no querer hablar. El que callaba en realidad cuando dijo estar diciendo quién era. El siempre imprescindible en nuestras vidas de lectores. El hombre que, a su modo, luchó por España. ■ MIGUEL BAYON.

"Capela", extramuros

En Pozuelo de Alarcón (Madrid), Bernardo Victor Carande ha presentado recientemente su revista Capela. Boletín personal, escrito todo por él, es el periódico de "un hombre que vive en el campo", porque Carande es un agricultor que escribe. Vive en "Capela", finca de Almendral (Badajoz), tan presente en sus novelas: Suroeste y Don Manuel o la agricultura.

Apadrinaron el acto (por orden alfabético) Justino de Azcárate, Antonio Buero Vallejo, Ramón Carande, Julio Caro Baroja, Antonio Llopis, Pedro Sainz Rodríguez y Daniel Zarza.

En aquella "tarde maravillosa del cuaternario", el ahijado pro-

(1) Quentin Bell: Virginia Woolf. Volumen I. Virginia Stephen. 1882 a 1912. Editorial Lumen. Barcelona, 1979.

(1) Editorial Altalena. Madrid. En esta colección ha aparecido un interesante "Koesler: Del infinito al cero", de Andrew Graham Yoll.